

Ha observado un diario que desde hace poco tiempo, y al acercarse la primavera, aumentan este año los casos de suicidio, y propone que á semejanza de lo que han hecho en Inglaterra, fundemos aquí una asociación que tenga por objeto evitar con un consejo amistoso ó con una ayuda ó protección oportuna, este acto de desesperación ó de cansancio de la vida.

Añade que entre nosotros, podía encargarse de ello el Ejército de Salvación, porque también es éste el que cumple en Inglaterra igual tarea.

El tema es importante. Merece detenido estudio. Se trata de un asunto vital. No Vital Aza, sino de vida ó muerte. Yo voy á discutirlo; quiero analizarlo. Pido un barato, como decían los gauchos en la doma de potros.

En mi opinión, el distinguido colega parte de un principio falso y equivoca el origen ó causa á que atribuye el delito, de atentar contra la propia existencia. "El delito de matarse uno á sí mismo", como diría Cernadas.

La primavera es la juventud del año, según todos los autores de poesías. El sol empieza á calentar un poco, las flores abren sus pétalos, brotan los capullos, brotan los granos en el campo y en la cara, las violetas se esconden entre las hojas por modestia, las mujeres salen á lucirse por coquetería, todo brilla, sonríe, se embellece, se baña y huele bien. Es la alegría de vivir, que sienten las plantas y los animales. Desde el eucaliptus hasta la alfalfa. Desde el elefante hasta la pulga. Desde los hombres hasta los ministros.

¡No! ¡No es posible! Hay más suicidios, es cierto. Pero ¿por qué? ¿Por acercarse la primavera? No es por eso. Es por acercarse el vice. Es porque el vice no se va.

¿Cómo remediaría esto el Ejército de Salvación? No puede hacer nada contra el ejército de línea. No hay salvación posible.

El distinguido colega entiende que son muchos los que se matan por contrariedades ó desengaños amorosos. Resultaría entonces que la mujer es pérdida como la onda, como la pérdida Albión y que el amor es ciego. Y entre los desengaños amorosos y los políticos, será aterradora la cifra de los cansados de la vida y del gobierno actual.

Urge, pues, imitar á los ingleses. Es necesario fundar esa asociación, que tiene que ser de carácter filantrópico y de carácter dulce y persuasivo. Ahora lo que yo no sé es la manera de llevar á la práctica esta idea.

El procedimiento no puede ser más sencillo—dice el diario que lo patrocina,—quien siente tentaciones de suicidio, por cualquier causa que sea, se dirige á la oficina de la asociación, en donde un caballero ó una señora, según el sexo del recurrente, lo recibe amablemente y le exhorta á confiarle sus penas, prometiéndole remediarlas en lo posible."

Y esto que parece sencillo, no lo es. Nosotros no somos como los ingleses. No tenemos ¡ay! la superioridad de los anglosajones. Aquí, el que se quiere quitar de en medio, no lo consulta con nadie.

La asociación ó club correría la eventualidad de servir sólo para levantar muertos. Pero supongamos que no fuera así. Yo me figuro las escenas dialogadas á que daría lugar este aviso publicado en los periódicos:

LIGA CONTRA EL SUICIDIO

Y

PATRONATO DE LA DESESPERACION

Ya sea infantil, adulta ó longeva



"Antes de matarse, visite usted nuestro consultorio, donde se dan consejos y se proporcionan recursos que hacen volver á amar la vida. Curación rápida y segura. Abierto día y noche. Salones para familias. Gabinete para peinar señoras. Reserva y discreción. Gratis á los pobres, los jueves y domingos."

Escena primera. Acude al consultorio un joven. Pasa. Le interroga el médico. Desengaño amoroso en estado agudo. Toca un timbre. Se presenta una enfermera. Es bonita. La mira. Ella sonríe. ¿Qué tiene usted?—Le pregunta con voz de contrato.—"Quiero morir!"—"Gran Dios, ¿Si giovane?"—"Es usted italiana?"—"Yo, no ¿y usted?"—"Tampoco."—"No se desesperes usted por eso."—"Me voy á matar por otra causa."—"¿Por qué?—Por una persona que me ha sido infiel. ¿Por una ingrata!"—"Y yo ¿qué le parezco á usted?"—"Persona grata."—"Joven, viva usted mil años. ¿Qué bullo es ese que lleva en el bolsillo?"—"La pistola."—"Démela como recuerdo de esta entrevista."—"Luego usted me ama? ¡Cielos! ¿Qué dicha!"—"¡Sí! ¡No! ¿Qué se voy a hacer?"—"En este momento mi obligación es evitar su muerte. Darle una esperanza. Vuelva usted mañana. Soy soltera y tengo dote." (Vase cantando).

Escena segunda.—Llaman. Se asoma el filántropo de turno. —"¿Quién es?"—"Yo, María."—"Soy yo Don Marco."—"¿Y María?"—"No. Avellaneda."—"Pobre señor, ¿dice al verle."—"Ay, sí! Estoy cansado de la vida!"—"Síntese usted, aquí, á mi lado."—"Gracias."—"Se repite la exclamación "Quiero morir!", pero ella contesta:—"No lo creo!"—"Bueno. Morir, no. Pero quiero renunciar, que viene á ser lo mismo."—"¿Por qué?"—"Me ha engañado el vice!"—"¿El vice? Traigalo usted aquí para que hable conmigo."—"Es inútil, señorita. El vice no se casa con nadie."—"¿Cómo quiere matarse?"—"Voy a lo que llevo: Un revólver, una navaja de afeitar, un puñal, una cuerda para ahorcarse y medio litro de ácido prúsico."—"¿Y la renuncia?"—"Me la he dejado en casa."—"El médico interviene.—"Señorita, refriese. Este señor no viene más que á pasar el rato. Ni está cansado de la vida, ni se cansa de hablar. Don Marco, son las dos."—"Las dos! ¡cielos! ¿La hora de ir al ministerio! ¿Qué estarán diciendo en la oficina?" (Vase en auto móvil).

EL DEL VERDE GABÁN.